

MARTI EN GOMEZ Y GOMEZ EN MARTI

Por el Dr. Carlos Dobal

Ensayo leído en Montecristi como aporte a los actos conmemorativos del 150 Aniversario del nacimiento del generalísimo Máximo Gómez, por el doctor Carlos Dobal, Profesor Titular de Historia de la Universidad Católica Madre y Maestra, Miembro del Número Electo de la Academia Dominicana de la Historia y Correspondiente de la Española. Premio Nacional de Historia “Juan Pablo Duarte”, 1985.

A mi primo Bernabé Boza y Dobal

Montecristi estaba predestinado a un papel histórico en la vida y la obra de dos titanes esenciales en la Causa Cubana: José Martí y Máximo Gómez: “Por el abra de su puerto marítimo entró Martí y sintió bajo sus plantas de caballero andante, por primera vez el calor hospitalario del suelo dominicano. Eso fue a primero de septiembre del año 1892: el del Centenario de América. Era la gran puerta de entrada, sin celador ni cancerbero que daba acceso al hogar campestre de Máximo Gómez. Por esa misma puerta habrían de salir, el 1 de abril de 1895, en frágil esquiife “con una mano de valientes, para ir al árdido campo de la guerra renaciente, en la isla de Cuba.¹”.

Desde esta ciudad prócer, partió el viril reclamo, “para bien de América y del Mundo”, a la contienda libertadora de Cuba. El llamado Manifiesto de Montecristi quedó firmado por su máximo ideólogo José Martí y por el principal responsable de las acciones que lo impondrían, el general Máximo Gómez

Los fundamentos de la guerra de Independencia de la Isla Hermana, quedaron claramente definidos en este histórico documento, piedra miliar en la Historia de las luchas por la liberación de América hispana del yugo colonial. Sus palabras son explícitas:

“La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amaño, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás²”.



Pero Montecristi —preclara región dominicana donde ha florecido a lo largo de cinco siglos, la bondad del corazón y el coraje del carácter de sus primeros pobladores canarios— fue también el ámbito predestinado para el encuentro y el acuerdo —cimentado en la comprensión y la amistad estrecha— de dos genios inmarcesibles de proyecciones notabilísimas pero distintas, que sólo pudieron ponerse de acuerdo ante la comunidad de sentimientos hondos y de ideales sublimes: Martí y Máximo Gómez.

Tal vez la recóndita raíz étnica del guanche levantisco e insumiso —que alimenta toda la genealogía del generalísimo— y la bondadosa y gallarda sangre canaria de la progenitora del apóstol, acercaron a los dos colosos en esta flor “de las Afortunadas”, que es Montecristi³.

Tal vez el ardiente sedimento metafísico y amoroso que el Cristianismo dejara en el hondón de ambas almas, las acercara mágicamente en un lugar cuyo solo nombre remeda altura y redención: Montecristi.

En el álbum de Clemencia Gómez Toro, ha escrito Martí: “la única verdad de esta vida y la única fuerza, es el amor. En él está la salvación y en él está el mando. El patriotismo no es más que amor. La amistad no es más que amor y la única almohada en que se descansa de la pena y fealdad que se ve, es el hogar donde la modestia se ha puesto la corona de la honra. . .”. “El que ha andado la vida y visto reyes, sabe que no hay palacio como la casa de familia donde se desdeña la sombra impura y resplandecen los ojos, como para que se vea crecer el universo, cuando se habla de libertad y de virtud⁴”.

Y en carta (a Billini?) sobre los maestros ambulantes dominicanos, dice Martí: “No hay que emprender ahora cruzada para conquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. . . la cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza y para darles la independencia personal que fortalece la bondad⁵”.

En sus escritos, el Generalísimo afirmaba: “al César lo que es del César... y a fe que esa frase en aquel tiempo de servilismo y de fuerza debió ser iluminada por el verdadero espíritu de justicia⁶”.



Y en la oración que enseñara a sus hijos, el férreo guerrero expresaba: “Ser Creador y Omnipotente, yo te amo y mi corazón es el templo donde quiero que habites, para que no entren en él las malas pasiones y pueda yo mirar con desprecio las vanidades del mundo.⁷”.

De aquel encuentro de Montecristi surgió con potencialidad suprema, la necesidad de la colaboración estrecha y la comprensión extrema, en orden del sublime ideal de la Independencia Cubana.

Sin embargo, aquellos dos hombres egregios, hasta aquella entrevista de Montecristi, no se se conocían. Y, a partir de ella, quedaron realmente soldados para la Causa de Cuba. Los dos próceres se dieron en aquel momento el “santo y seña” que habría de dar paso a un devenir histórico, fértil y glorioso. . .

La impresión que recibió cada uno del otro, habría de quedar plasmada, para la eternidad, en sus respectivos escritos. Algunas de las páginas más hermosas de la prosa martiana se refieren al Generalísimo: “A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrazarsele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre; la mujer que se los dió y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera; la hija, en quien su patria centellea,



reclinada en el hombro de la madre, lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez⁸". "Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajó él el juramente de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura. . . ." "Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo por venir, sobre las causas percederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y la unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover a toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo a la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándole a las jornadas las horas de luna, salvando a galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fraticidas, abominando las causas remediabiles, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos con que el general Gómez se ha jurado a Cuba. . . ."

"Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo y se le ponían de abono.



Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar; tenía las piernas apretadas en cruz y el cuerpo encogido, como quien se replega antes de acometer; las manos, las tuvo quietas; una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos; y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco⁹. ”

Y un poco más adelante, en las mismas páginas, hace Martí un certero retrato del Generalísimo. Retrato social y moral de un hombre cuya grandeza se cimentaba en su valor personal, su gentileza y su sensibilidad cultural y humana. Dice Martí: “A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos; si hay baile en casa del Gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco; y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballescresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto; u otras veces cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que “hay que andar derecho en este mundo”. En el trabajo, “ha encontrado su único consuelo. . . ” “No subiré nadie: he puesto de guardia a mi hijo”.... “y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriales parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: “Para éstos trabajo yo. . . ”

“Si, para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida; para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola; para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas; para los creados-



res fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real; para desatar a América y desuncir el hombre¹⁰”.

Y el Generalísimo -con la perspectiva de los siete años que lo separaban del ascenso a la gloria del apóstol-, escribe a su compatriota F. María González estos entrañables párrafos: “Martí murió en el campo de batalla defendiendo los derechos de su pueblo. . . usted sabe cuanto lo amaba yo. Y cual ninguno sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer. . . Fue Martí muy poco conocido de sus compatriotas los cubanos, en el verdadero y esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido a otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia. . . Martí fue cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre a la tiranía y se hizo amar del pueblo cuyos derechos defendía con tesón incansable. . . Supo buscar en el libro y el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller de trabajo, para que se instruyera, principalmente, en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir, creándose de este modo la República para el pueblo y por el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará todos nuestros males. . . siempre fue Martí, altivo y rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones. . .”

“ . . . Cuando llegó para Cuba el momento en que Martí debía completarse, se completó. Y es aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso. Y a donde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin esperar halagado el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto. Frente a la muerte no se puede llegar sino desnudo de ficciones”

“Yo ví a Martí entero y sin decaimiento cuando en el tremendo fracaso de la Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. Ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugarse el todo por el todo, y vi entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás



incierta, cuando, para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándoles en vez de elementos de guerra, a los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio”.

“... Momentos angustiosos fueron aquellos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares de la guerra. Extraño contraste: habíamos principiado por la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo...”

“Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, a costa de sacrificios sin cuento, y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado a marchas tan duras, al través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Yo vi a José Martí, ¡ah, qué día aquél!, erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados, que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.”

“Allí, en Boca de Dos Ríos y de esa manera gloriosa, murió José Martí. . A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor, no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío estas líneas, como un recuerdo de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.”

Esta página de bella prosa retrata, no sólo la grandeza del Generalísimo que la escribió y la gloria del apóstol que la inspiró, sino la profunda vinculación en el ideal y el amor patrio, de los dos titanes¹¹.

Esta vinculación amistosa y patriótica ocasionó -y talvez muy pocos han conocido de esto- una misteriosa jugarrera del destino, como dirían algunos; o una providencial confusión que, por trágica vertiente abrió el sendero glorioso y definitivo que condujo finalmente a Cuba, a la soñada Independencia...



Esta jugarreta del destino se desprende del testimonio -autorizadísimo por demás- de un testigo presencial de la muerte de Martí y de los acontecimientos que cercanamente la precedieron. Y su descripción es sencilla: *la bala que mató al Apóstol, iba dirigida al Generalísimo...*

El testigo excepcional de que hablamos, es Marcos del Rosario, el "bravo negro dominicano" como lo llamó Martí. El último superviviente del desembarco de Las Playitas, a quien tuvimos el honor de conocer personalmente en La Habana, por los años cuarenta.

El Coronel dominicano, Marcos del Rosario Mendoza, entrevistado por nuestro inolvidable Freddy Prestol Castillo¹², para La Nación, ofreció múltiples y acuciosos detalles de la tragedia de Dos Ríos, donde cayó Martí.

Habla Marcos del Rosario: "fue en Dos Ríos, el primer pleito, el primer día que di machetazos... Martí era un valiente. Murió porque se metió peleando en medio del Campamento Español... montaba su caballo moro¹³ y venía corriendo y tirando tiros. Le diré como murió. A Martí le dejamos ese día atrás en una "sitierfa" por orden del general Gómez. Lo dejamos en casa de Veguita, el Jefe de la Escolta del General; y salimos a atacar Remanganagua y a sorprender un convoy. Habíamos esperado emboscados, inútilmente. El convoy no venía. El general Gómez dispuso entonces situarnos en otro potrero. Y mandamos carta a Martí con un expreso. Los españoles hacen preso al hombre y lo amarran. Querían que le señalara cuál era Máximo Gómez. El hombre les dijo: "uno que anda en caballo blanco es él"¹⁴. Y después, el hombre les dijo que los iba a llevar a donde estaba Máximo Gómez y los llevó para el lado donde estaba Martí... Y así fue que lo mataron. Yo hasta estuve al llorar. Yo creía que estábamos perdidos. Y el general Gómez se entristeció, "pero era un gallo tremendo" y me dijo: "Marcos: Ahora, por dos cosas contra los españoles: por la libertad de Cuba y por la sangre de Martí..."¹⁵.

Como vemos, por una jugarreta del destino o por un designio providencial Martí cayó -terminada su labor ideológica- herido por la bala destinada a Gómez, que habría de comenzar entonces su labor estratégica y ganar la guerra.



El apóstol, inconscientemente, salvó la vida al Libertador en el momento culminante de su vinculación histórica...

20 de noviembre de 1986.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

NOTAS

1. **Henríquez y Carvaja, Federico.** "Martí: Páginas Dominicanas de su Vida Intima", Revista Bimestre Cubana, La Habana, Vol. XIX - enero- febrero 1932.
2. **Estenger, Rafael.** "Selección de Obras Escogidas de José Martí", Aguilar, S.A., 1953, p. 1027.
3. **Se da el nombre de "Afortunadas" a las Islas Canarias.** Pequeño Larousse Ilustrado, p. 1184.
4. **Rodríguez Demorizi, Emilio.** Martí en Santo Domingo, p. 194.
5. **Ibidem.** p. 161.
6. **Ibidem.**
7. **Ibidem.**
8. **Ibidem.** p. 195.
9. **Ibidem.** pp 197, 198 y 199.
10. **Ibidem.** pp. 201 y 202.
11. **Ibidem.** pp. 279 y 280.
12. **Prestol Castillo, Freddy.** La Nación, C. T., 2 de abril de 1940. Traído por Rodríguez Demorizi, Emilio. **Ibidem.** p. 424.
13. **"Martí se adelanta en su jaca mora" dice Mañach, Jorge,** Martí: El Apóstol, Colección Austral, Espasa-Calpe, VI edición, 1975, p. 245. (Se llama "moro" en Cuba, al caballo blanco con visos oscuros. Pequeño Larousse Ilustrado, p. 701.
14. **Máximo Gómez "montaba caballos de poca alzada, siendo su favorito color el blanco".** Pérez de Abreu, Gustavo. Coronel del Ejército Libertador de Cuba y médico del Generalísimo, de su obra "En la Guerra con Máximo Gómez". La Habana, 1952. Reproducido en Isla Abierta, Suplemento del Periódico Hoy, Año VI, No. 272, Santo Domingo, R.D., p. 28.
15. **Rodríguez Demorizi, Emilio.** **Ibidem,** p. 425.

